

LIBRO NOVENO

ARGUMENTO

*Habiendo Agamenon aconsejado
la fuga á los Aqueos consternado,
Diomédes se le opone abiertamente:
y siendo de sentir Néstor prudente
que á Aquiles vayan luego embajadores
van, y aplacar no pueden sus furiosos.*

DE este modo su campo custodiaban
alegres los Troyanos: los Aquivos
en la fuga pensaban, compañera
del helado terror, y aún los más fuertes
todos yacían en tristeza y duelo.
Como si de repente embravecidos
el Zéfiro y el Bóreas, que de Tracia
soplan opuestos, á encontrarse llegan,
el mar conmueven y las negras olas
en alto se levantan, y á la orilla
arrojan muchas ovas; tal entónces,
por contrarios afectos combatido,
estaba el corazón de los Aqueos.

De alto dolor sobrecogida el alma,
Agamenon las tiendas y las naves
recobra, diciendo á los heraldos
que á los jefes en junta reunieran,
por su nombre llamándolos á todos
y sin alzar la voz, y diligente
á convocar también los adalides
el primero marchó. Ya reunidos
los Príncipes, sus sillas ocuparon
abatidos y tristes; y el Atrida
se alzó, copiosas lágrimas vertiendo.
Cual fuente cenagosa que en el valle,

de altísimo peñasco derrumbada,
vierte el negro raudal; así el Atrida
lágrimas derramaba dolorosas.
Y á las voces mezclando los suspiros,
así habló con los otros capitanes:
«¡Adalides y Príncipes de Acaya,
»caros amigos! El Saturnio Jove
»de gran calamidad me ha rodeado.
»¡Cruel! Un tiempo con señal segura
»me prometiera que hasta haber rendido
»la fuerza de Ilion no tornaría;
»y hoy, doloso y falaz, al patrio suelo
»manda que vuelva sin honor ni gloria
»cuando ya tanta gente ha perecido.
»Así lo quiere el iracundo Númen,
»que de muchas ciudades las murallas
»por tierra ha derribado, y todavía
»otros quizá derribará su diestra;
»que es grande su poder. Los Griegos todos
»á mi voz obedezcan y me sigan,
»y á nuestra patria huyamos en las naves:
»yo no podemos conquistar á Troya.»
Así decía, y en silencio mudo
todos quedaron, y por mucho tiempo
en tristeza sumidos, responderle

no osaban; pero al fin el animoso
Diomédes, mirándole ceñudo,
así le dijo en ásperas razones:

«¡Atrida! yo el primero tu dictámen
»combatiré, pues imprudente ha sido,
»con aquella franqueza que en las juntas
»es permitida, ¡oh Rey! pero mis voces
»no tu cólera exciten. No hace mucho
»que á vista de los Dánaos el primero
»has sido tú que mi valor en duda
»á poner se atrevió. Cobarde y flaco
»entónces me llamaste... los Aquivos
»saben si yo lo soy, viejos y mozos;
»y yo te digo que el Saturnio Jove
»á tí no ha dado que reunas todas
»las bélicas virtudes. Ese cetro
»te dió para que fuese respetado
»sobre los otros Reyes; fortaleza,
»sin la cual nada vale el poderío,
»te ha negado. ¡Infeliz! ¿y tú esperabas
»que tan flacos los hijos de los Griegos
»fuesen y tan cobardes como dices?
»Si á tu casa volver tanto deseas,
»marcha ya: franco tienes el camino,
»y cerca están del mar las muchas naos
»que aquí desde Micénas te siguieron,
»y los demas Aqueos valerosos
»conmigo quedarán hasta que hayamos
»á Troya destruido. Y si quisieren,
»todos huyan también á sus hogares
»en las naos; que Esténulo y yo solos
»combatiéremos hasta ver de Troya
»por tierra la muralla, pues vinimos
»á guerrear por la Deidad guiados.»

Así dijo, y los Príncipes de Grecia
gozosos aplaudían, el discurso
admirando del bravo Diomédes,
hasta que se alzó Néstor y le dijo:

«Eres muy esforzado en las batallas,
»y sobresales, hijo de Tideo,
»por la prudencia entre los Reyes todos
»de tu edad, y ninguno de los Dánaos
»reprobará lo que dijiste ahora
»ni tendrá que oponer, mas todavía
»lo principal no has dicho. No te culpo:
»eres joven aún, y bien pudieras
»ser de todos mis hijos el postrero.
»Así, aunque hablaste con prudencia mucha
»delante de los Príncipes de Acaya,
»y con justa razón desaprobaste

»el funesto dictámen del Atrida,
»luego yo, que soy mucho más anciano,
»lo que resta diré sin dejar nada.
»Y creo que mis útiles consejos
»nadie despreciará, ni el mismo Atrida;
»que ni casa, ni hogar, ni patria tiene
»el que las guerras intestinas ama,
»siempre dañosas. Pero ya su manto
»tiende la negra noche, y es forzoso
»que la sabrosa cena preparemos,
»y que fuera del muro á las orillas
»del foso estén en vigilante guardia
»diversos escuadrones. Este cargo
»de los jóvenes sea: á los restantes
»guerreros tú lo que juzgares útil
»manda despues, Atrida, pues de todos
»eres supremo jefe. Á los caudillos
»un banquete da luego así lo exigen
»tu misma dignidad y tu riqueza.
»Llenas están de vino delicioso
»tus tiendas, que de Tracia nuestras naves,
»el anchuroso mar atravesando,
»te traen cada día; no te falta
»nada de cuanto piden los banquetes,
»y eres señor de dilatado imperio.
»Y cuando ya los jefes en la tienda
»se hubieren reunido, tú el dictámen
»de aquel aprueba que mejor le diere.
»Y en este día los Aquivos todos
»han menester que bueno, y atinado,
»y saludable sea el que se adopte.
»Muchos fuegos enciende el enemigo
»cerca de nuestras naves, y á su vista,
»¿quién alegre estará? La noche es esta
»que ha de salvar ó destruir la hueste.»

Así dijo, y los Príncipes, que atentos
le oían, su dictámen aprobaron.
Y fuera de los muros con sus armas,
para rondar y vigilar cuidadosos,
salieron estos siete campeones:
Trasimédes, el hijo del anciano
Néstor, y de Mavorte los dos hijos,
Ascálafo y Yalmeno; y Meriónes,
y Afareo, y Deipiro, y el osado
Licomédes, el hijo de Creonte.
Estos eran caudillos de la guardia,
y á cada uno seguían cien guerreros,
la mano armada de robusta pica;
y entre el muro y el foso colocados,
hogueras encendieron, y la cena

cada cual en su rancho aparejaba.

El Atrida despues á los caudillos
á su tienda llevó, donde tenía
preparados manjares deliciosos,
á que todos las diestras alargaron.
Y apagada la sed y satisfecha
el hambre ya, de todos el primero
el buen Néstor habló, por más anciano
y porque su consejo pareciera
ántes el más sensato. Y un dictámen
útil propuso, y cual varon prudente,
así habló ante los Príncipes de Grecia:

«¡Glorioso Atrida! mi discurso ahora
á tí va dirigido. Pues de todos
»los Griegos eres jefe, y en tu mano
»cetro y autoridad ha puesto Jove
»para que mires por el bien de todos,
»á tí el primero toca tu dictámen
»decir, y de los otros el consejo
»oir para adoptar el que te dieren
»y en bien de todos sea. En honor tuyo
»siempre redundará lo que se diga,
»si el ejército salva. Así, yo ahora
»un consejo daré que me parece
»ser el más saludable. Sí: ninguno
»hallará otro mejor en este día,
»ni ántes se halló, que el que daré yo ahora.
»Y así pensé desde que tú quitaste
»al iracundo Aquiles su cautiva,
»no con mi aprobacion, que mucho entónces
»procuré disuadirte, y tú, llevado
»de violenta pasion, al más valiente
»de nuestros campeones y á quien honran
»los Dioses, ofendiste, y en la tienda
»tienes la esclava aún que le quitaste.
»Mas nosotros veamos todavía
»cómo aplacarle con preciosos dones,
»y persuadirle con palabras dulces.»

Respondió Agamenon: «¡Anciano! es cierto
ese fatal error que me recuerdas.
»Hice mal, lo confieso; que por muchas
»escuadras vale un adalid, si Jove
»le ama en su corazon. Y ya hemos visto
»cómo del Dios la poderosa diestra
»á Aquiles ha vengado, y de los Griegos
»la hueste ha destruido. Mas, si entónces
»erré, cediendo á mi pasion violenta,
»hoy ya quiero aplacarle y ofrecerle
»en desagravio numerosos dones
»de inestimable precio, y á vosotros

»os diré cuáles son. Trípodas siete
»que el fuego no manchó, veinte calderas
»de metal reluciente, diez talentos
»de oro y doce caballos poderosos
»que el premio en la carrera ya alcanzaron
»muchas veces, y pobre no sería,
»ni del oro precioso careciera
»el hombre á quien la suerte deparase
»tanta riqueza como ya me dieron
»en los públicos juegos vencedores.
»Además le daré siete gallardas
»cautivas Lesbias que en labor de manos
»están ejercitadas, y escogidas
»fueron por mí entre todas cuando el mismo
»Aquiles conquistó de la ancha Lésbos
»la fuerte capital, y en hermosura
»á todas las mujeres aventajan.
»Las siete le daré, é irá con ellas
»la hija de Brises, la que el otro día
»le quité; y juro por los altos Dioses
»que no he participado de su lecho
»ni con ella he yacido. Estos presentes
»le ofrezco desde ahora; y si algun día
»la capital de Príamo espaciosa
»Jove nos diere saquear, su nao
»llene de oro y de bronce al embarcarse
»cuando el botin partamos los Aqueos,
»y elija él mismo en las Troyanas veinte
»las más hermosas que despues de Elena
»puedan hallarse. Y si á la fértil Árgos
»llegáremos de Acaya, por esposa
»le daré una hija mia, y tan querido
»será de mí como el pequeño Orétes,
»último de mis hijos, que en el seno
»crece de la abundancia. Yo tres hijas
»jóvenes tengo y bellas: son sus nombres
»Crisótemis, Laodice, Ifianasa;
»y de ellas la que elija por esposa,
»sin dotarla, al palacio de Peleo
»llevará, y yo con generosa mano
»tantas riquezas le daré cual nunca
»un padre dió para dotar sus hijas.
»Siete ciudades le daré espaciosas:
»Cardámila, y Enope, y la abundante
»en pastos Ira, y la opulenta Féres,
»y Antea fértil en herbosos prados,
»y Epea sobre un monte situada,
»y Pédaso en viñedos abundante.
»Cerca del mar, con la arenosa Pílos
»confinantes están, pobladas todas

»de ricos ganaderos y pastores
»que á par de las Deidades con ofrendas
»le honrarán, y regidos por su cetro
»le pagarán espléndidos tributos.
»Todo esto le daré, si ya olvidare
»el agravio. Inflexible no se muestre:
»sólo Pluton inexorable y duro
»es entre las Deidades, y por eso
»es la sola del hombre aborrecida.
»Ceda también á mí, que en poderío
»le aventajo y edad.» Respondió Néstor:
»¡Atrida generoso! Despreciables
»los presentes no son que has prometido
»á Aquiles ofrecer. Así, elijamos
»esclarecidos Príncipes que vayan
»á la tienda del hijo de Peleo...
»ó yo los nombraré, y ellos acepten
»la comision. De todos el caudillo
»Fénix será, que del Saturnio Jove
»es amado; segundo, el valeroso
»Ajax de Telamon; tercero, Ulises;
»y Euríates y Hodío, como heraldos,
»los acompañen. Á nosotros agua
»sobre las manos derramad ahora,
»y en labio puro y corazon piadoso
»á Jove supliquemos que dolerse
»ya de nosotros quiera.» Así decía
Néstor, y á todos su eleccion fué grata.

El agua limpia los heraldos luego
vertieron de los Reyes en las manos,
y del vino las urnas los donceles
coronaron con flores olorosas;
y hecha la libacion, en copas de oro
á todos le servian. Cuando hubieron
libado á las Deidades y bebido
lo que les agradó, los tres legados
de la tienda salieron del Atrida
Agamenon; y al despedirlos Néstor,
á cada cual, y sobre todo á Ulises
mirando con afecto cariñoso,
mucho les encargó que procurasen
la dura ostinacion vencer de Aquiles.

Se encaminaron ellos por la orilla,
del resonante mar, ardientes votos
haciendo á la Deidad que con sus aguas
ciñe y conmueve la anchurosa tierra,
porque les diese del soberbio jóven
el enojo calmar. Cuando vinieron
adonde los Mirmídones tenían
sus tiendas y bajeles, recreaba

su corazon el héroe con la dulce
sonante lira, hermosa, de labores
vistosas adornada, y cuyo puente
era de oro macizo, que escogida
fué por él entre bélicos despojos
cuando arruinó su poderosa diestra
la ciudad de Etion. Con ella entónces
el ocio entretenía, celebrando
de antiguos campeones las hazañas,
y enfrente de él, Patroclo silencioso
le observaba, esperando á que acabase
ya de cantar. Por el sagaz Ulises
los Príncipes guiados, se acercaban
en tanto al pabellon, y de la puerta
llegados al umbral, se detuvieron.
Mas Aquiles, al verlos, sorprendido,
dejó la silla en que sentado estaba
(también se alzó Patroclo de la suya)
y sin soltar la lira de la mano,
y dándoles la diestra, les decía:

«Bien llegados seais, fieles amigos,
»y á mí entre los Aqueos los más caros,
»aunque irritado esté. Desdicha grande
»será sin duda la que á tales horas
»os obliga á venir.» Así decía,
y uno por uno y de la mano asidos,
que entrasen en la tienda les rogaba
y en los ricos sillones se asentasen,
con tapetes de púrpura adornados.
Y á Patroclo volviéndose, que cerca
asistía, le dijo: «Mayor urna
»nos presenta y del vino más añejo
»la llena, y á cada uno da su copa,
»porque los Reyes que me son más caros
»han venido á mi tienda.» Así decía,
y á su mandato obedeció Patroclo.

En tanto Aquiles anchuroso tajo
puso junto á la luz, y de una oveja
y de una cabra el regalado lomo
extendió encima, y de sabroso cerdo
otro lomo. Tenía Antomedonte
las carnes, y en pedazos con destreza
las dividía por su mano Aquiles,
y en largos pasadores las clavaba;
y el gallardo Patroclo, que á los Dioses
igualaba en belleza, mucho fuego
encendía también. Cuando ya estuvo
abrasada la leña y ménos fuerte
era la llama, la encendida lumbre
extendió en el hogar, y colocando

los largos pasadores sostenidos por altas piedras, con la sal molida las carnes roció. Cuando estuvieron asadas ya, sobre la grande mesa las puso, y en hermosos canastillos sirvió el cándido pan. Despues Aquiles, que de Ulises enfrente y á la espalda teniendo la pared su silla puso, distribuyó las carnes por su mano, y á Patroclo mandó que echara al fuego la porcion á los Dioses reservada. Obedeció, y ya puestas en la lumbre las primicias de todo, á los manjares que preparados fueran y servidos las manos extendieron. Saciada el hambre ya y la sed, hizole seña Ajax á Fénix. Advirtióla Ulises, y llenando de vino la áurea copa, á Aquiles la ofreció, y así decía:

«¡Salve, Aquiles valiente! de manjares
»deliciosos no habemos carecido,
»ni del Atrida Agamenon llamados
»á la tienda, ni ahora en tu morada
»gozando del espléndido banquete.
»Pero no del placer de los festines
»el ánimo se cura. Acobardados,
»al ver la gran derrota padecida,
»todos estamos, valeroso Aquiles,
»dudando si las naves salvaremos
»ó serán destruidas por la llama,
»si tú de fortaleza no te vistes.
»Cerca de los bajeles y del muro
»acampados están los orgullosos
»Troyanos y sus tropas auxiliares,
»y en su campo encendidos muchos fuegos
»ardiendo están, y dicen que ninguno
»ya les estorbará de nuestras naves
»dueños hacerse. En favorable auspicio
»su relámpago Jove les envía;
»y Héctor, ardiente llama de los ojos
»arrojando, cual furia se embravece,
»y en Júpiter fiado, ni á los hombres
»ni á las Deidades teme, y de terrible
»rabia está poseído, y á los cielos
»ruega que pronto la divina aurora
»el oriente ilumine. Y vocífera
»que las excelsas proas de las naves
»romperá con el hacha y á los vasos
»fuego pondrá voraz, y con su pica
»pasará á los Aqueos, aturdidos

»con el humo y envueltos en la llama.
»Y dentro el corazon yo mucho temo
»no sea que los Dioses le permitan
»cumplir sus amenazas, y á nosotros
»el destino nos tengan reservado
»de perecer aquí, léjos de Grecia,
»en los campos de Troya. Á la batalla
»sal pues, Aquiles, si, aunque tarde, quieres
»libertar á los míseros Aquivos
»del ímpetu y furor de los Troyanos.
»Si no lo hicieres, en inútil duelo
»un día llorarás; que padecido
»el daño, no es posible remediarle.
»Así, ántes que la ruina se consume,
»mira cómo alejar de los Aqueos
»la muerte de que están amenazados.
»Bien sabes, dulce amigo, que tu padre
»el día que á Micenas te enviaba
»para que acompañases en la guerra
»al Rey Agamenon, así te dijo:
»*Extremado valor Minerva y Juno*
»*te darán, si les place; tú reprime*
»*dentro del pecho el natural fogoso.*
»*La mansedumbre agrada: no te empeñes*
»*en funesta rencilla, y los Aquivos*
»*todos te acatarán, viejos y mozos.*
»Tan prudentes consejos el anciano
»te daba, pero tú los olvidaste.
»Mas todavía es tiempo: no te obstines,
»depon la triste cólera, y preciosos
»dones despues te ofrecerá el Atrida
»si el enojo olvidares. Si lo dudas,
»escucha y te diré los que á nosotros
»cuando en su tienda estábamos ahora
»él mismo enumeró. Trípodas siete
»que el fuego no manchó, veinte calderas
»de metal reluciente, diez talentos
»de oro, y doce caballos poderosos
»que el premio en la carrera ya alcanzaron
»muchas veces, y pobre no sería
»ni del oro precioso careciera
»el hombre á quien la suerte deparase
»los bienes que con ellos ha adquirido.
»Además te dará siete gallardas
»cautivas Lesbias, que en labor de manos
»están ejercitadas, y escogidas
»fueron por él cuando ganó tu diestra
»la capital de la opulenta Lésbos,
»y mucho en hermosura se aventajan
»á las mujeres todas. Y con ellas

»vendrá Briséida, la que el otro día
»te quitó, y jura por los altos Dioses
»que no ha participado de su lecho
»ni con ella ha yacido. Estos presentes
»generoso te ofrece, y si algun día
»la capital de Príamo espaciosa
»Jove nos diese saquear, tus naos
»llena de oro y de bronce al embarcarte
»cuando el botín partamos los Aquivos,
»y escoge por tu mano en las troyanas
»veinte, las más hermosas que se hallaren
»despues de Elena. Y si á la fértil Árgos
»llegáremos de Acaya, por su yerno
»te elige desde ahora, y tan querido
»tú de él serás como el pequeño Orestes,
»último de sus hijos, que en el seno
»crece de la abundancia. El Rey tres hijas
»jóvenes tiene y bellas: son sus nombres
»Crisótémis, Laodice, Ifianasa;
»y de ellas la que elijas por esposa,
»sin dotarla, al palacio de Peleo
»tú llevarás, y el Rey con larga mano
»tantas riquezas te dará cual nunca
»un padre dió para dotar sus hijas.
»Siete ciudades te dará espaciosas:
»Cardámila, y Enope, y la abundante
»en pastos Ira, y la opulenta Féres,
»y Antea, fértil en herbosos prados,
»y Pédaso en viñedos abundante.
»Cerca del mar, con la arenosa Pílos
»confinantes están; pobladas todas
»de ricos ganaderos y pastores
»que á par de las Deidades con ofrendas
»te honrarán, y regidos por tu cetro
»te pagarán espléndidos tributos.
»Todo eso te dará, si depusieres
»la cólera. Y si tanto aborrecible
»el Atrida te fuere y sus regalos
»que los rehuses, de los Griegos todos,
»que acosados se ven del enemigo,
»te compadece; que por tí salvados,
»como á su númen tutelar, de honores
»te colmarán, y entre ellós mucha gloria
»alcanzarás. Acaso con tu lanza
»á Héctor darás la muerte, que llevado
»del insano furor que le domina,
»no temerá buscarte en la pelea,
»pues dice que ninguno se le iguala
»de todos los Aqueos que en las naves

»hemos venido á las troyanas costas.»
Y Aquiles respondió: «¡Sagaz Ulises!
»Es forzoso deciros sin rodeos
»lo que tengo pensado, y que cumplido
»será mañana, porque así importunos,
»éste por una parte, aquél por otra,
»más no me fatigéis; que me es odioso,
»tanto como las puertas del averno,
»el que dentro del alma lo que siente
»pérfido oculta y lo contrario dice.
»Así, franco os diré la que he tomado
»firme resolución. No es ya posible
»que ni el Atrida Agamenon, ni todos
»los Príncipes de Acaya, me decidan
»á pelear. Aquí no se agradece
»que uno esté combatiendo al enemigo
»siempre y sin descansar. Igual el premio
»es del que ocioso se quedó en su tienda
»y del que tomó parte en la batalla,
»y el mismo honor espera al animoso
»que al cobarde, y la misma tumba cubre
»al hombre desidiioso y al que mucho
»en vida trabajó. Ni más medrado
»estoy despues de haber tantos afanes
»tolerado, exponiendo en las batallas
»siempre la dulce vida. Como lleva
»á sus hijuelos la comida el ave
»que en el campo ha cogido, y de la boca
»se la quita; así yo noches enteras
»sin dormir he pasado, y muchos días,
»teñido en roja sangre, desde el alba
»hasta la tarde estuve peleando
»con hombres que animosos combatian
»por sus esposas. Conquistadas tengo
»por mar doce ciudades, y por tierra
»once de las más ricas, que de Troya
»se hallaban en las fértiles llanuras.
»De todas recogí muchos despojos,
»y alhajas y preseas; y al Atrida,
»que tímido en las naves se quedara,
»todo se lo entregué y él por su mano
»lo recibió. Y habiendo repartido
»su porcion á la oscura soldadesca,
»se guardó la mayor; y de esta parte
»á los más esforzados y á los Reyes
»dió los premios de honor. Conservan todos
»el suyo, y á mí solo entre los Griegos
»me quitó el que me diera y él le tiene,
»y á la esclava que yo tanto queria
»tal vez estrecha en amoroso lazo.